

# “*Je deviens votre homme*”

## Reflexiones de Miguel Alfonso Martínez Echevarría sobre la vida universitaria

---

GERMÁN SCALZO\*

Revista Cultura Económica  
Año XXXIV • N°94  
Diciembre 2017: 77-107

**Resumen:** Este trabajo presenta fragmentos de una selección de discursos inéditos que el profesor Miguel Alfonso Martínez-Echevarría realizó en distintas etapas de su carrera, y que recogen varios aspectos de la labor universitaria. En estos textos se respira el amor y el compromiso con la Verdad y la vida universitaria que Miguel Alfonso ha transmitido a sus discípulos a lo largo de su vida académica.

**Palabras clave:** Miguel Alfonso Martínez-Echevarría; Universidad; verdad; sabiduría

**Abstract:** *This work presents a selection of unpublished discourses that Professor Miguel Alfonso Martínez-Echevarría carried out at different stages of his career, and that include several aspects of university work. These texts reveal the love and commitment to Truth and university life that Miguel Alfonso has transmitted to his disciples over his academic life.*

**Keywords:** Miguel Alfonso Martínez-Echevarría; University; Truth; Wisdom

“¿Tu verdad? No, la Verdad. Y ven conmigo a buscarla”  
Antonio Machado

### Introducción

“Homenaje es una palabra que proviene del provenzal *homenatge*, y que tiene que ver con “hacer hombre”. Todavía hay muchos castillos en España, y en Europa, que tienen en el centro una torre alta, que es

---

\* Universidad Panamericana – german.scalzo@gmail.com

la torre del homenaje porque allí se celebraba una ceremonia muy importante. Según los antiguos códices de la caballería, sobre todo de la caballería provenzal, en la ceremonia de homenaje, ante libros o reliquias sagradas, el vasallo ponía sus manos dentro de las manos del señor y le decía: *Je deviens votre homme* (me hago vuestro hombre)”.

Escuché estas palabras de la boca de mi maestro, el profesor Miguel Alfonso Martínez-Echevarría, con motivo de su homenaje en abril de 2015 en el aula magna de la Universidad de Navarra, un recinto que –como él mismo destacó– es el equivalente en la Universidad a la “torre del homenaje”. Allí, a lo largo de los años, muchos hombres han pasado, poniendo sus manos dentro de las de otros (todos ellos buenos señores, a la vez que buenos vasallos) para transmitirse una cadena de fidelidad en la que reconocían su dependencia de los demás, que es lo que los constituye como hombres. Así, un acto de homenaje pone de manifiesto el maravilloso don de la amistad, cómo los unos a los otros nos “hacemos personas”, ayudándonos a acercarnos a la Verdad, que es también una persona.

En dicho homenaje –que con justicia ofreció la Universidad de Navarra, a la que don Miguel Alfonso dedicó la mayor parte de su vida profesional– presentamos una página web que recoge su obra completa ([www.mamechevarria.com](http://www.mamechevarria.com)) en materia de economía, empresa y doctrina social de la Iglesia. Sin embargo, hay algo que dicho repositorio de información no puede sino apenas insinuar: el ejemplo de su persona.

Miguel Alfonso es un maestro en el sentido más cabal de la palabra, de los que ya difícilmente se encuentran, y que tanta falta hacen en una cultura académica –como la preponderante– que menosprecia la figura del maestro, al rechazar el sentido de la autoridad y obediencia que ello supone. Más allá de la erudición que caracteriza su obra, su profesión ha sido un testimonio vital de una profunda vocación universitaria y personal de la que muchos nos hemos beneficiado. Y como “lo que se recibe gratis ha de darse gratis” la mejor manera que encontré de sumarme a este homenaje que le

rinde *Cultura Económica* es compartiendo con otros la sabiduría de sus propias reflexiones, sirviéndome de discursos que don Miguel Alfonso preparó con esmero y cariño; a los que tuve acceso mientras editaba su obra completa.

A continuación, presento fragmentos de una selección de estos discursos inéditos que el profesor Martínez-Echevarría realizó en distintas etapas de su carrera, y que recogen diversos aspectos de la labor universitaria. Como es de esperar, a lo largo de sus 35 años de servicio, se ha dirigido a muchos y diversos públicos; y de entre los numerosos discursos que conserva en su archivo –alguno escrito de su mismo puño y letra– he seleccionado una muestra variada en cuanto a temas, fechas y público al que se dirige –entre ellos el discurso de aceptación de la distinción de profesor *Honoris Causa* de la Universidad Católica Argentina, en 1994– que reflejan el espíritu que animó su fecunda labor a lo largo de estos años.

Como muchas veces le escuché decir a mi maestro, la misión del profesor es cultivarse y cultivar a otros, en el seno de la convivencia culta que propicia la institución universitaria, para sacar de la naturaleza lo mejor, que está oculto. Así, educar es acompañar a los estudiantes en ese florecimiento, que implica a las virtudes teologales en una espera cariñosa, humilde y esperanzada de ese “milagro”, que en última instancia no depende de nosotros, como sugiere el poeta a quien Miguel Alfonso acudía con frecuencia: “Mi corazón espera; también, hacia la luz y hacia la vida; otro milagro de la primavera” (*A un olmo seco*, Antonio Machado).

Sin más prólogo, doy paso a los discursos seleccionados, agradeciendo a esta revista la licencia para publicar un texto tan poco convencional según los esquemas editoriales, con la convicción de que su lectura serena será de provecho para la comunidad académica y contribuirá a la reflexión actual sobre el sentido de la Universidad.

## **La misión de la Universidad**

**Discurso a los delegados de la Asociación de Amigos de la UNAV**

**Octubre de 1988**

(...) La Universidad, tal como se ha desarrollado en nuestro Occidente cristiano, es consecuencia del inmediato impulso hacia la Verdad que imprime en el hombre el acto de fe. Este acto es el comienzo de la apertura hacia la verdad que, en un momento inseparable, invita al concurso de la razón. Es necesario afirmar que la razón presupone la fe como su acto vital. Sólo cuando la razón es impulsada por la fe, alcanza su verdadero sentido y potencialidad constituyéndose en germen de verdadero humanismo. Por el contrario, cuando la razón se desgaja de la fe se adormece y deja de ser un instrumento fiable para adentrarse en el conocimiento de la verdad del hombre.

La Universidad surge entonces como un derramarse en extensión de ese impulso de la fe que busca el reflejo de la verdad en todos los campos del conocimiento humano. Así, con la naturalidad que corresponde a todo lo que tiene vida, fueron surgiendo las diversas Facultades universitarias, cada una de ellas con el objeto propio de su saber, pero todas unidas por ese primer impulso que constituye el núcleo del *alma mater* universitaria.

Sólo la convicción de que el conocimiento humano tiende hacia una última y superior unidad, hace posible y garantiza el sereno y fructífero diálogo inter-facultativo, presidido por la común convicción de la importancia del saber teológico.

Con la admirable claridad que se sigue de una fe vivida con hondura, el fundador de la Universidad de Navarra describía el núcleo de la pasión universitaria por la verdad en las siguientes palabras:

Con periódica monotonía –decía– algunos tratan de resucitar una supuesta incompatibilidad entre la fe y la ciencia, entre la inteligencia humana y la Revelación divina. Esta incompatibilidad solo puede aparecer, y aparentemente,

cuando no se entienden los términos reales del problema. Si el mundo ha salido de las manos de Dios, si él ha creado al hombre a su imagen y semejanza y le ha dado una chispa de su luz, el trabajo de la inteligencia debe –aunque sea con un duro trabajo– desentrañar el sentido divino que ya naturalmente tiene todas las cosas. No podemos admitir el miedo a la ciencia, porque cualquier labor, si es verdaderamente científica, tiende a la verdad (Josemaría Escrivá, 1996: disponible en línea).

Cuando se pierde de vista esta natural unidad de vida intelectual, la Universidad se siente dañada en su misma esencia, en el germen mismo que la mantiene viva. La crisis de las humanidades, en general, y el desinterés por la Filosofía, en particular, que se observa en la mayoría de las universidades, es justa correspondencia al desinterés en la Filosofía contemporánea por los grandes temas que solo la fe deja intuir. Es hora de decirlo bien claramente, no es injusto clasificar de mostrenco un humanismo que no hunda sus raíces en la fe.

(...) En ningún modo reducimos la formación humanística a la teológica, pero aseguramos que no es posible una verdadera formación humanística sin un reconocimiento explícito de la razón y motivo último de la dignidad humana, condición de hijo de Dios. El primer Gran Canciller de esta Universidad [de Navarra] hablaba con rotundidad y sentido práctico acerca de este tema:

el estudio de la religión es una necesidad fundamental. Un hombre que carezca de formación religiosa no está completamente formado. Por eso, la religión debe estar presente en la Universidad; y ha de enseñarse a un nivel superior, científico, de buena Teología. Una Universidad en la que la religión está ausente, es una Universidad incompleta: porque ignora una dimensión fundamental de la persona humana que no excluye –sino que exige– las demás dimensiones (Josemaría Escrivá *apud* Illanez, 1991: disponible en línea).

La cita se aplica de modo muy especial al caso de los estudiosos de la Economía, profesores y estudiantes, para quienes el

conocimiento de los principios de la Teología y de la Filosofía Moral constituye una inapreciable ayuda en la consecución de una teoría económica que satisfaga las más íntimas aspiraciones humanas de justicia y dignidad. Por eso, es necesario animar a los teólogos universitarios, para que redoblen sus esfuerzos en el campo de la Teología Moral, y especialmente, dentro de ella, en los desarrollos especulativos acerca de ese ya impresionante cuerpo de la Doctrina Social de la Iglesia.

A este respecto me parece muy importante la advertencia que hace Juan Pablo II en su última encíclica:

Al ejercicio de este ministerio de evangelización en el campo social, que es un aspecto de la función profética de la Iglesia, pertenece también la denuncia de los males y de las injusticias. Pero conviene aclarar que el anuncio siempre es más importante que la denuncia, y que ésta no puede prescindir de aquel, que le brinda su verdadera consistencia y la fuerza de su motivación más alta (Juan Pablo II, 1987: 41).

Estas palabras del pontífice tienen todavía más relevancia en el caso que nos ocupa, pues es más propio de la esforzada tarea universitaria descubrir y dar a conocer el pleno sentido de la verdad, que la precipitada realización de denuncias y descalificaciones que más veces de lo deseable encubren un gran desconocimiento, no de las ciencias económica o financiera –lo cual es perfectamente disculpable– sino de la propia Doctrina Social de la Iglesia.

Esto en modo alguno quiere decir que los economistas renunciemos a la natural autonomía de nuestro campo de conocimiento, ni animáramos a los teólogos a que se inmiscuyan en el objeto propio del conocimiento económico, ni por supuesto a confundir la Economía con la Teología Moral. Se trata de insistir en la necesaria función docente e investigadora, en su campo propio, de la Facultad de Teología respecto de todos los universitarios, y de modo especial con los estudiosos de la Economía.

Juzgamos que la verdadera formación de nuestros futuros economistas no consiste en el adorno de unas cuantas asignaturas “humanísticas”, incrustadas en un plan de estudios de orientación positivista. Nuestra pretensión es mucho más ambiciosa y queda muy bien reflejada en las siguientes frases de la Instrucción sobre libertad cristiana y liberación:

Un reto sin precedentes es lanzado hoy a los cristianos que trabajan en la realización de esta civilización del amor, que condensa toda la herencia ético-cultural del Evangelio. Esta tarea requiere una nueva reflexión sobre lo que constituye la relación del mandamiento supremo del amor y el orden social considerado en toda su complejidad. El fin directo de esta reflexión en profundidad es la elaboración y puesta en marcha de programas de acción audaces con miras a la liberación socio-económica de millones de hombres y mujeres cuya situación de opresión económica, social y política es intolerable. Esta acción debe de comenzar por un gran esfuerzo de educación: educación a la civilización del trabajo, educación a la solidaridad, acceso de todos a la cultura (Ratzinger, 1986: 81).

## **Sobre la vida académica**

**Discurso de padrino de la Promoción de doctores del curso 91-92**

**UNAV, 5 de junio de 1992**

(...) El padrino, en el desempeño de la función que le es propia, debe obsequiar a sus apadrinados. Tratándose de un padrino, profesor de economía, que sabe bien el valor de las cosas materiales, no les voy a regalar nada costoso, algo que tenga valor monetario, que sea simple medio de cambio, sino que les voy a entregar algo que no está destinado al cambio, sino que, por ser bien común, se guarda y permanece en el alma.

De todas maneras, quiero aclarar, que también desde el punto de vista económico, lo que les voy a decir, constituye fuente de riqueza, pues tengo para mí, que no hay porqué enfrentar el ser con el tener. Sólo aquellos que luchan por alcanzar la plenitud de su ser, alcanzan también la plenitud de riquezas, el verdadero señorío sobre las cosas, que consiste, sobre todo, en compartir con los demás.

Están ustedes sentados entre doctores, nuevos y antiguos, cubiertos todos por las curiosas y brillantes vestes académicas, y van a recibir dentro de poco las insignias de su nuevo rango. Es este acto una buena ocasión para hacer unas reflexiones sobre el compromiso que, como doctores, de entre los que saldrán los futuros profesores y maestros universitarios, contraen con toda la sociedad, especialmente con los más pobres e ignorantes, con los que nunca se sentarán en los bancos de doctores.

No les voy a amargar la fiesta haciendo un contraste sentimental entre su legítima alegría y noble orgullo por el título conseguido, con la desdichada situación de los menos favorecidos. Todo lo contrario, pienso que recordarles su compromiso les enaltece y les llena de alegría, pues la verdadera fiesta solo se celebra cuando se tiene plena conciencia de la profundidad y las posibilidades creadoras del compromiso que se contrae. Mientras la frivolidad es compatible

con un sentimentalismo inoperante ante las necesidades de los demás, la fuerza creadora de un compromiso bien vivido es la raíz de esa alegría transformante que convierte el trabajo esforzado en servicio a los demás.

Quiero ir engarzando esas reflexiones al hilo de lo que ustedes han aprendido en estos años de iniciación a la tarea investigadora, que simbólicamente culminan en esta solemne pero entrañable fiesta universitaria.

El primer fruto que se ha obtenido, es el goce y disfrute de una mayor libertad. El conocimiento que con esfuerzo han ido alcanzando del tema que eligieron para su investigación, les ha acercado a la verdad, y como consecuencia les ha proporcionado mayor libertad. Pueden ahora hablar más doctamente, con mayor seguridad y prudencia de ese tema, distinguiendo lo verdadero de lo falso, lo cierto de lo dudoso, lo que ha sido investigado, de lo que permanece oculto. Saben que es necesario matizar las afirmaciones y las negaciones. Que la verdad, muchas veces se esconde en los pliegues y contrastes de los diversos aspectos de un mismo problema. Que hay legítimas discrepancias sobre los diversos modos de enfocar un mismo problema. Han descubierto, en fin, que la verdad, aunque es única, es insondable en su profundidad, y variadísima en sus manifestaciones.

En otras palabras, el empeño en la tarea investigadora les ha obligado a vivir con mayor intensidad ese primer compromiso del genuino espíritu universitario: amar apasionadamente la verdad. Esa verdad sencilla y entrañable que se manifiesta en la realidad cotidiana de nuestra labor investigadora. Quizá ahora entiendan mucho mejor, porque sin la labor investigadora, la Universidad no podría vivir. Han llegado a comprender más plenamente que la razón última del alma universitaria es la búsqueda enamorada de la verdad, para una vez encontrada, proclamarla con la maravillosa libertad que su encuentro proporciona.

Esa libertad les ha enseñado a no contentarse con la verdad a medias, saben por experiencia propia, que incluso en nuestro campo de especialidad, hay muchas cosas que nos quedan por descubrir, que requieren todavía más estudio y reflexión. Han aprendido a querer la verdad completa, aún conscientes de que jamás podremos acabar de agotarla. Han intuido que no hay peor mentira que la verdad a medias. Los universitarios nos sublevamos contra toda limitación de la verdad. Entendemos y respetamos la imprescindible y funcional división del trabajo, que conduce a la especialización, pero aún dentro de nuestra propia especialidad, no soportamos las falsas limitaciones de un positivismo miope que, pretendiendo una cómoda inteligibilidad de los problemas humanos, niegan entidad o racionalidad a las dimensiones más radicales de la verdad. En todo lo que se refiere a la verdad del hombre, no toleramos que se prescinda de ninguna de sus dimensiones, por grande que sea el reto que esa actitud plantee.

Racionalidad e inteligibilidad no implican cerramiento ante el misterio que nos trasciende; sólo es auténtica aquella racionalidad que reconoce sus propias limitaciones. Sugerentemente ha dicho Henry de Poincaré, sublevándose contra una visión racionalista de las matemáticas, que “donde se agota la capacidad de cálculo, allí comienzan las matemáticas”. Es en ese reto de una Verdad que les desborda, cuando el hombre descubre toda su grandeza. Ahora, cuando quizás ustedes piensan no sin razón, pues humildad es andar en verdad, que los frutos de sus trabajos son muy mejorables, es cuando están en condiciones de convertirse, una vez más, en verdaderos universitarios.

Experiencia de verdad y libertad, que no son algo alejado de la realidad de la vida cotidiana de un investigador, sino que tienen fuerza para transformarnos y humanizarnos. Ese es el significado, tanto en lo humano, como en lo sobrenatural, del lema “*veritas liberavit vos*”, que el fundador de esta Universidad hizo poner en un colegio mayor universitario.

Cualquier tema de investigación, si se realiza con seriedad y competencia, no sólo contribuye al progreso de las ciencias, y al sustento del propio investigador y su familia, sino, lo que es más importante, son además un excelente camino para el conocimiento propio. El esforzado trabajo de investigación proporciona la vivida experiencia de nuestras posibilidades y limitaciones. Forja y temple, crea el carácter y proporciona las virtudes de un hombre serenamente enamorado de su trabajo. Pero hay todavía, un mejor motivo para alegrarnos: en ese paciente trabajo de investigación, cada uno, si lo desea, si no es excesivamente atolondrado, no puede dejar de descubrir en sí mismo, en su manera de obrar, la imagen de Dios impresa en su ser. En su trabajo creador, el hombre descubre y manifiesta la gloria de su creador.

Quizá también han aprendido, en esos tiempos de prosecución tras las huellas de la verdad, que ésta sólo se manifiesta a quien es fiel, a quien permanece en la tarea emprendida, cuando es gustosa y cuando no lo es tanto. Cuantas tentaciones, después de haber emprendido una tarea investigadora, y ante las aparentes derrotas de las primeras dificultades, surgen para abandonar el trabajo emprendido, para consolarse en esa otra forma de frívola alegría que es andar siempre cambiando.

Se hace necesario entonces recordar que la verdadera competencia, el verdadero oficio universitario, se adquiere sólo a la vuelta de muchos años, con éxitos y fracasos, con días buenos. Esos días, en los que uno puede decir, como decía sonriendo, hace tiempo, el querido profesor Lombardía, al cruzármelo cuando salía de una clase: “Hoy, me he gustado”. Y los días malos, en los que la tristeza y la vanidad tratan de engañarnos con su amargura, para alejarnos de la siempre esperanzadora realidad.

Valor de la fidelidad que estabiliza el ánimo, y quita importancia al oleaje del navegar diario, para destacar la esperanza del puerto de destino. Enseñanza útil para muchos aspectos de la vida: la fidelidad del compromiso, de los años de servicio, ya sea a un trabajo

bien realizado, o en general, a un servicio a los demás y a Dios, tiene como premio descubrir que la meta nos acompaña en el camino, de que el verdadero amor se renueva en el empeño de cada día.

Fidelidad que no es monotonía, sino que se renueva, comenzando y recomenzando, con nuevo brío, en donde dejamos ayer la tarea. Ahora saben que para llegar a ser creativos, ha sido necesario buscar y leer toda la bibliografía sobre el tema elegido, y que sólo entonces, cuando han entendido y hecho suya la aportación de los que han caminado por delante, acompañado por la herencia de una sólida tradición, se está en condiciones de avanzar por terrenos desconocidos, de adentrarse en la soledad de la investigación. Cuando ya nadie o muy pocos pueden acompañarles, cuando hay que aceptar la propia responsabilidad de la opinión expuesta.

Es posible que después de tanto esfuerzo hayan llegado a saber del tema más que los que les rodean, incluido el director. Esto no les debe llevar a la vanagloria, ni a la petulancia, sino al espíritu generoso y al descubrimiento de lo fructífera que es la fidelidad. Para dentro de unos años, deben ustedes recordar el ejemplo recibido: para un buen maestro universitario no hay mayor orgullo que el sincero deseo de que sus discípulos, comenzando donde él había llegado, y con el impulso de su afecto, lleguen todavía más lejos.

Fidelidad que requiere humildad y paciencia; acrisolada en esa lucha diaria por dar importancia a ese entramado de pequeños detalles que constituyen un trabajo bien hecho; comprobar mediciones en el laboratorio, contrastar si una cita es correcta, dar de comer a las ratas o a las ranas, mantener limpios los instrumentos, actualizar la bibliografía, volver a rescribir un capítulo mal fundamentado, aceptar con paz las correcciones del director del trabajo, o los caprichos de la informática, volver a iniciar algo que ya parecía acabado, mirar en el diccionario el significado exacto de una palabra, corregir erratas, etc. Todo ese pequeño ejercicio cotidiano de buen hacer, que temple el alma, y enseña que hacer las cosas bien importa más que hacerlas.

Han buscado ustedes la verdad para decirla. Ese es el natural homenaje a la verdad, decirla con las palabras, pero, sobre todo, con el temple de la propia vida. Esto constituye la tarea propia del doctor: dar testimonio de la verdad. Por eso la Universidad no puede vivir sin investigación, sin ella se quedaría sin voz; la docencia, la que verdaderamente merece ese nombre, es siempre fruto personal de una buena tarea investigadora. Sólo el hombre que ha experimentado personalmente el trabajo enamorado de buscar la verdad puede efectivamente transmitir la verdad que ha descubierto. Contarla con la serena emoción de quien ha vivido una aventura apasionante, que no se limita a contar el cansino relato de lo que él nunca vivió.

Para enseñar no se puede dejar de investigar. La Universidad se mantiene siempre joven con la potencia creadora que genera la búsqueda de la verdad. Buscándola esforzadamente, con estudio, en diálogo sereno con las opiniones diferentes, huyendo de la ofuscación y el error, estando dispuesto a rectificar y a corregir. Así, y solo así, llega el hombre a ser un hombre verdaderamente docto.

Alguno podrá preguntarse qué tiene que ver todo lo dicho con la atención a los más pobres, a los más desfavorecidos. La contestación es bien sencilla: la Universidad, y los universitarios, son como el fermento de la sociedad.

No es misión suya ofrecer soluciones inmediatas. Pero al estudiar con profundidad científica los problemas, renueva también los corazones, espolea la pasividad, despierta fuerzas que dormitan, y forma ciudadanos dispuestos a construir una sociedad más justa (Josemaría Escrivá de Balaguer, 1972: 98).

Si algo caracteriza o distingue a esta Universidad, es precisamente la fuerte apelación al servicio a todos los hombres, que el fundador de esta Universidad, hacía y sigue haciendo desde el cielo, a todos las que la integramos.

Este es, en resumen, el compromiso de doctores que hoy contraen, fomentar y desarrollar una actitud de servicio hacia los demás, especialmente los más débiles y desvalidos. No dejarse

engañar por el dinero fácil y la precipitada fama. Dar a los demás el fruto de la plenitud que con vuestro sereno esfuerzo y la ayuda de Dios habéis alcanzado. Como economista os diré, que la solución a la pobreza, hambre y desamparo de muchos, no está tanto en la puesta en marcha de ambiciosos proyectos llevados a cabo por bienintencionados organismos internacionales, como en la extensión de un generoso espíritu universitario y empresarial de donación y servicio a los demás. Esa es nuestra tarea.

Afortunadamente para ustedes, no he tenido que inventarme nada de lo que les he dicho, me ha bastado, como muchos de ustedes ya han notado, acudir al rico tesoro de esta Universidad de Navarra. Es decir, me ha bastado recoger a manos llenas ese regalo del cielo, que es la vida y la doctrina del beato fundador de esta Universidad. Mi obsequio de padrino no solo no me ha sido costoso, sino que me ha enriquecido, pues no hay mayor riqueza que participar y agradecer los dones de Dios.

## **Lo que queda del espíritu universitario**

Noviembre de 2002

El título puede sugerir que a lo largo de esta conferencia voy a entonar un lamento melancólico de tiempos mejores. Nada más lejos de mi intención. Afortunadamente el espíritu universitario, a pesar de todo, goza, como siempre, de buena salud. A lo que se refiere el título de la conferencia es al poso que puede dejar el espíritu universitario en cada uno de nosotros, si decidimos abrirnos a su poderoso ímpetu.

¿Cuál es la esencia de ese espíritu? El concepto clásico de *Universitas*, que, como su propio nombre indica, remite a la unidad que se trasluce detrás de la diversidad. Por tanto, lo esencial de la Universidad es una actitud vital de adentrarse en la originalidad de las cosas, para de ese modo remontarse hasta las fuentes de la unidad. Precisamente por eso mismo, la idea de la Universidad es una creación genuinamente cristiana. Una actitud que no puede darse entre ningún tipo de politeístas, antiguos o modernos, para los cuáles, como para los sofistas, todo es uno y lo mismo. Ni tampoco entre los monoteístas que podríamos llamar radicales, como musulmanes y judíos, e incluso platónicos, para los que la diversidad no deja de ser una impureza y un pecado. Sólo el Cristianismo ha entrevisto la manifestación de lo Uno en la explosión maravillosa de lo múltiple. La misión por tanto de la Universidad es justamente la función de síntesis, proporcionar las claves para dar unidad a lo disperso. En un mundo como el nuestro, donde el conocimiento afortunadamente surge y se difunde fuera de la Universidad, la misión de la Universidad se hace cada vez más necesaria, incluso vital para que esa difusión del conocimiento no se agoste bajo su propia complejidad.

Lo primero que conviene dejar muy claro es que ser universitario no se reduce a un título, sino que se trata de un hábito del corazón, una propiedad inseparable de la persona que vive ese compromiso. No basta para ser universitario haber acumulado un curriculum, haber superado unas materias. Por desgracia son muchos los que pasan por las aulas universitarias sin llevarse nada más que un

título para colgar en la pared, o para dejar olvidado en algún desván. Ser universitario es una característica de la persona, algo que nadie le podrá arrebatar. Por eso un verdadero universitario puede decir con la misma serenidad y modestia, lo que dijo uno de los primeros sabios de Grecia: “todo lo mío lo llevo conmigo”. Razón para entender la libertad del criterio del universitario: quien todo lo lleva consigo no puede tener miedo a nada ni a nadie.

Estoy ya en condiciones de adelantar que lo que queda del espíritu universitario es una actitud personal: un compromiso irrevocable con la búsqueda de la verdad. Algo que sólo depende de la voluntad de cada uno de nosotros.

Si la esencia de lo universitario está más en las personas que en las organizaciones, debe entonces quedar muy claro que la esencia de la Universidad es más aprender que enseñar. No es tanto el aparato organizativo de los que enseñan como la comunidad de los que desean aprender, de los que se han enamorado de la verdad que se esconde en la realidad de las cosas, incluso de las aparentemente menos importantes. Por eso la Universidad existirá mientras haya en su seno personas para los que cada día es un comienzo, que no cesan de estudiar y aprender, lo que lleva a una actitud humilde y sencilla, de considerar que no se sabe nunca lo suficiente. Esto no les lleva a la pereza, sino que renueva sus esfuerzos por llegar cada vez más hondo. Esa actitud genera un modo de vida en el que con naturalidad y elegancia se enseña mientras se aprende, y se aprende mientras se enseña.

Por eso, porque la vida universitaria es un compromiso, un empeño dirigido hacia lo que todavía no se ha alcanzado, del mismo modo que la metáfora propia de la vida humana es el viaje –*status viator*– lo es de modo especial de ese profesar el camino a la sabiduría. Es muy importante tener esta actitud del caminante, del que siempre está de paso, del que, como dice el “Cantar de los cantares”, llega hasta las puertas de la ciudad para preguntar al centinela, si han visto a su amado pasar. ¡Qué gran sabiduría la de los antiguos griegos al educar

a la juventud en ese libro que relata el esfuerzo de Odiseo para llegar a su hogar! Esa es la esencia perenne del humanismo, la vuelta donde uno es reconocido, y por eso mismo se conoce. Hay que librarse de los peligros, de Calypso, o el placer de lo inmediato, de los comedores de lotos, que han perdido la memoria, de los cánticos de las sirenas. Al final del viaje, cuando seas desnudado, sólo quedará lo que es verdaderamente tuyo, lo que no puede bajar contigo a la tumba, y entonces estarás delante de la Verdad, y ella te hará libre – “*Veritas liberavit vos*”.

Queda entonces claro que la razón de ser de la Universidad es la adquisición y transmisión del conocimiento teórico y práctico. Pero en el bien entendido de que el saber no es un resultado, una acumulación de información inerte, sino pura emergencia, crecimiento vital. No es un viaje hacia fuera, sino un avanzar hacia adentro del mismo cognoscente. Ser universitario es, por tanto, buscar la propia identidad, autorrealizarse en el conocimiento, en la pasión enamorada por la Verdad. El conocer es pura novedad, y por eso el universitario vive una renovación continuada, una sorpresa permanente, un entusiasmo creciente, que le da fuerzas para superar las dificultades y el tedio de lo inmediato.

Este espíritu no requiere salirse de la realidad, sino todo lo contrario. Como sugiere Pieper, resulta de algún modo accesible incluso para los que nunca han pisado los suelos de una Universidad. En toda actividad profesional vivida con rigor y seriedad, con hondura humana, alienta esa dimensión genuinamente filosófica que apunta a lo trascendente, al sentido último de las cosas. En este sentido, es muy significativo que para los antiguos filósofos griegos un sabio es, por ejemplo, un buen zapatero: alguien que domina un arte que ha aprendido de otros, y en el que ha llegado a ser maestro, es decir, que puede enseñarlo a otros. Por eso la tarea del universitario tiene mucho de la digna humildad del oficio artesanal. El profesor que cada día trata de preparar mejor su clase, en ese intento por mantener un trato asiduo con los saberes, al penetrar en ellos, resulta gratamente interpelado.

Si la vida universitaria es un viaje hacia el conocimiento, donde habita la novedad permanente, donde la verdad se contempla a sí misma, en un descubrimiento incesante; se hace necesario desbrozar caminos hasta ahora no transitados, mirar el mundo con los ojos del que siempre lucha por mantenerse joven. Se requiere “sospechar de los hechos”, discutir lo que todos dan por sentado, no por afán de polémica, sino por admiración al misterio de la verdad de las cosas. Huir de los que presentan los hechos como lo inapelable. El “hecho es una palabra bella e insidiosa”, como decía Heidegger. Por eso, el ideal sería lograr, como decía Wittgenstein, llegar a un “realismo sin empirismo”.

La vida universitaria requiere de la esperanza, del todavía no, del “*plus ultra*”. Recordemos el lema agustiniano: “si dices basta, estás perdido”. Sin eso, la novedad brilla por su ausencia, y la idea misma de la Universidad se desvanece.

La Universidad vive mientras en su seno haya quienes mantengan una orientación radical hacia lo nuevo, mientras no se sacralicen los hechos, mientras nadie se rinda ante la “realidad que está ahí fuera”. No hay gente más alejada de la verdad que los que piensan cazarraamente que ya la tienen. No podemos olvidar que no somos nosotros los que poseemos la verdad, sino que más bien somos nosotros los poseídos por ella. Ser universitario es pensar desde la misma realidad con una actitud epistemológicamente inconformista y radical. Lo decisivo –como dice Zubiri– es la “voluntad de verdad”, el deseo incontenible de poner en claro lo que las cosas realmente son.

La fuerza de una Universidad no procede de sus medios, sino de sus fines. No se puede caer en el error vulgar de confundir los fines con los medios. Son los fines los que engendran los medios, y no al revés. Es falso que la calidad de las universidades proceda de la cuantía de recursos económicos. Lo importante es que las personas que están allí, o al menos algunas de ellas, sean verdaderos maestros, personas que piensan con originalidad, con libertad y energía creadora. Para lo cual se requiere mucha humildad, ya que se trata de “andar en verdad”.

Nada más alejado del sabio que la altanería y prepotencia del ignorante. Hay gentes que nunca llegan a darse cuenta de que viven en un hoyo porque son incapaces de dejar de cavar.

No se les escapa a los que me han seguido hasta aquí, que para abrirse al espíritu universitario se requiere de virtudes éticas, porque la investigación y la docencia no son actividades que se escapen a la valoración moral, que no tengan inserción histórica o repercusiones sociales. No es lo mismo el bien común que el interés general. Aquel es concepto ético, éste es más bien concepto técnico. Sólo hay Universidad cuando las dimensiones morales prevalecen sobre las meramente utilitarias. Por eso, sólo en la Universidad es posible un diálogo desinteresado de la curiosidad inventiva de los jóvenes con la madura experiencia de los más mayores.

Donde alienta el espíritu universitario surge un fuerte deseo de aprender en común, de compartir y extender un continuo e ininterrumpido diálogo profesor-alumno, que no siempre estará hecho de palabras, sino en la mayoría de las ocasiones de largos silencios, de escucha atenta a una sabiduría madura o incipiente, de estudio calmado de lo que interesa e interpela. El poder entre los hombres sólo tiene sentido si está destinado a ser compartido por más personas cada vez. Todo poder que se concentra y crece es monstruoso, y acaba por hacerse estéril y mortífero. El verdadero líder es el que arrastra a los demás en su entusiasmo por la empresa común. Por eso es esencial la “*Universitas magistrorum et alumnorum*”, un modo de crear redes de amistad que permitan capturar la verdad y el conocimiento. La pesca, metáfora del trabajo en común, es muy apropiada para describir la tarea universitaria.

Aparentemente el espíritu universitario, el humanismo, nos parata de la inmediatez de las cosas, pero sólo estableciendo esa distancia es posible autotranscendernos, concentrarnos y mirar desde una perspectiva novedosa y creativa. A veces sólo cuando no se busca algo práctico se encuentra lo que es útil para todos. La felicidad, como dice Stuart Mill, es una puerta que se abre al revés.

El espíritu universitario es por tanto inseparable de la investigación, lo cual no es una tarea solitaria y aislada, sino que por sí mismo investigar es convertir la búsqueda personal de lo nuevo en una tarea cooperativa, algo que sólo es posible a partir de la confianza mutua. Para investigar se requiere tener la humildad y la sabiduría de saber trabajar en equipo, de dar y recibir, de participar y hacer participar. Sólo así se logra aunar el entusiasmo del joven que comienza con la experiencia del estudioso más avezado en su tarea. Por eso la investigación no es posible sin ese encuentro personal de los que persiguen el mismo ideal. Una amistad que se hace posible porque se quiere con otros. Sin esa amistad, el conocimiento no se puede transferir, porque en ningún caso es un bien mostrenco. Sólo en la amistad surge esa emulación que facilita el conocimiento. Ese “ven conmigo y verás”. En una Universidad hay que empeñarse en crear un clima de diálogo culto, que no necesariamente tiene que ser erudito. Entre los universitarios debemos huir de las conversaciones banales que aburren y agostan las fuerzas del espíritu.

Vuelvo a insistir que la educación universitaria debe partir del principio de que lo importante no es enseñar, sino aprender. La única finalidad de la enseñanza es el aprendizaje, algo tan obvio que la mayoría de la gente olvida. La tarea de enseñar no es importante ya que no tiene fin en sí misma. Saber y aprendizaje se co-implican, “no todo el mundo puede decir la verdad, pero puede serla” (Kafka). Nadie puede sustituir al que aprende, o él mismo lo hace, o nadie lo hará por él. El protagonista de la Universidad es el estudiante, y el buen profesor lo es, en la medida en que durante toda su vida se sigue considerando un estudiante que no cesa de aprender.

Por eso el espíritu universitario es siempre joven. La vejez meramente humana es impensable sin la resignación. Lo cual incluye una idea del tiempo perdido ajena al sentido cristiano del tiempo. El universitario está convencido de que camina hacia la novedad absoluta, hacia la perenne juventud. ¿Entonces la vejez excluye toda posibilidad de felicidad? No, la felicidad excluye la vejez. Esa es la estupenda respuesta de Kafka.

## **El trabajo como expresión de amistad**

**Discurso de aceptación del profesorado *Honoris Causa***

**Buenos Aires, 8 de septiembre de 1994**

Es muy conveniente, que de vez en cuando, la fecunda y serena monotonía del acontecer universitario se vea gratamente interrumpida por este tipo de actos, que a modo de fiestas breves y sobrias, jalonan el caminar de la vida académica, y que vienen a ser como pausas en el camino que dan ocasión a levantar la vista de la inmediatez de lo cotidiano para contemplar las verdades más hondas que como manantial escondido, alimentan y dan razón de esta importante tarea que para toda la sociedad realiza la Universidad.

En esta ocasión, quiero destacar una virtud que constituye la quilla de la nave universitaria. Me refiero a la amistad. De un modo parecido a lo que decimos cuando identificamos a Dios con el Amor, podría identificarse al hombre con la amistad. En este sentido, no me cabe duda que la institución universitaria es un verdadero monumento a la amistad. Sin amistad no existe propiamente vida universitaria. Amistad, en primer lugar con Dios, ya que sino difícilmente puede existir verdadera amistad entre los hombres. Idea muy bellamente expresada en aquel pensamiento clásico, que para muchos ha constituido norte en sus líneas de actuación, que venía a establecer que si ciertamente es importante ser amigo de los amigos, más importante todavía es ser amigo de la Verdad, y volviéndose al amigo, lo animaba a que fueran juntos a buscarlas. La amistad separada del amor a la Verdad, degenera y se corrompe, para convertirse en simple amiguismo, en instrumentalización interesada de la amistad.

Este caminar juntos en la búsqueda de la Verdad constituye lo que debería ser el ideal de una vida universitaria. Ideal que ha quedado reflejado en lo que canta la vieja copla que compusieron los estudiantes de la Salamanca bajo medieval, cuando, al referirse a la Universidad la definían como ayuntamiento de profesores y estudiantes. En efecto, sólo esta verdadera amistad que surge de

compartir una búsqueda humilde y paciente de la Verdad, que día a día, sin precipitaciones, superando las incomprendiones y las dificultades, nos hace verdaderos universitarios, profesores y estudiantes, hombres de mirada amplia y corazón generoso, en los que pueden apoyarse muchos otros hombres que no han tenido la posibilidad de recibir lo que nosotros hemos recibido.

Esta idea de la Universidad no implica cerramiento sobre ella misma, ni constitución de un “gueto” intelectual, que bajo apariencia de autosuficiencia manifiesta un desprecio por todo aquello que en secreto envidia. No, para la Universidad, todo lo humano, todo lo noble, las inquietudes de los hombres, no le son ajenas. La Universidad debe actuar como una adelantada de la sociedad, como el navegante que mira hacia las estrellas, para fijar el rumbo en medio del temporal. Por eso sería un error –la negación del espíritu– que la Universidad se cerrase sobre ella misma, amedrentada ante las dificultades que vienen de fuera. El verdadero enemigo de la Universidad proviene precisamente de esa tentación al encerramiento, de esa falta de magnanimidad, que inalterablemente suele ser manifestación de corrupción del espíritu de amistad.

Hoy, en una época en la que atravesamos serias dificultades, y en que previsiblemente podríamos atravesar dificultades todavía más graves, la sociedad, quizá sin saberlo, necesita más que nunca de este renacimiento del verdadero espíritu universitario. Cuando las gentes desorientadas y perplejas ante el derrumbamiento de lo que creían inmutable, giren sus cabezas buscando a un lado y otro la seguridad de un buen guía, entonces, la Universidad, sin complejos ni prepotencias, debe responder, como buena amiga, indicando el camino de la Verdad inmutable, y animando a muchos a que vengan con ella a buscarla. En estos momentos, son necesarios verdaderos universitarios, que no cometan la villanía de someterse a lo más fácil, a lo más ramplón, a navegar a favor de la corriente, que ciertamente es fuerte, pero que no necesariamente conduce a buen puerto.

Tenemos urgente necesidad de universitarios que trabajen con este renovado espíritu; sin impacencias, sirviendo a todos, con calma. Sabiendo que, como toda verdadera cultura, los frutos de la Universidad requieren tiempo. En esta sociedad nuestra en la que muchos viven para el éxito fácil e inmediato, es necesario que los universitarios, como hombres enamorados de la Verdad, recuerden a todos, y de modo especial a la juventud, que en esta vida todo éxito es provisional, que la felicidad es escurridiza, y sólo se muestra a quienes no la buscan directamente. Esa felicidad que bien conoce el universitario que trabaja con la alegría del que siembra árboles sabiendo que no se beneficiará del frescor de su sombra, pero que ya comparte la alegría de aquellos que en el futuro bendecirán su trabajo.

Hoy, cuando la Universidad Católica Argentina “Santa María de los Buenos Aires” me concede el alto honor de entregarme el diploma de profesor *Honoris Causa*, esta invocación a la amistad tiene para mí un significado muy consolador. Puedo aceptar esta distinción sin confusión y con alegría, superando el natural sonrojo que debería producirme la carencia de méritos, ya que una vez más, la amistad, el cariño de mis amigos, va a cubrir la multitud de mis deficiencias. Así que, vuelto hacia ellos, puedo decirles, con agradecimiento, que me atrevo a recibir esta distinción ya que mis méritos son las virtudes de mis amigos.

## El sentido de la fiesta

### **I. Discurso de fin de curso a la IV Promoción de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales**

**UNAV, junio de 1995**

(...) En esta ocasión no voy a hablaros de viejas y de nuevas teorías económicas. Hoy quería hablaros de algo mucho más importante, quería hablaros de la fiesta, no sólo de esta fiesta concreta que estamos celebrando, la de vuestra graduación, sino de la fiesta en general: del espíritu de la fiesta. En una sociedad como la que vivimos, donde el trabajo tiende a convertirse en producción, y la fiesta en consumo, pienso que es importante y urgente hablar del sentido auténtico y profundo de la fiesta. A mi entender, hablar de la fiesta es también el mejor modo de descubrir el sentido auténtico y profundo del trabajo.

Aunque lo propio de la fiesta sea una pausa en el trabajo, sin embargo, está unida íntimamente con el trabajo. La fiesta judía del “Sabath” tiene su origen y sentido en el relato del génesis, donde de modo antropomórfico se relata cómo Dios, en el séptimo día, descansó de su trabajo creador. Así pues, la interrupción del trabajo es condición indispensable para la fiesta. Pero, el descanso por sí solo no es suficiente para que haya fiesta, es necesario algo más. Por eso, añade a continuación el texto bíblico: “y vio Dios que todo lo que había hecho era bueno... que era muy bueno” (Génesis, 1: 31). En ese breve comentario se encierra la razón última de toda fiesta: la alegría del trabajo acabado, bien hecho, pero sobre todo del trabajo hecho por amor.

Dios exulta en el último día de la creación porque vio que lo que había hecho era una manifestación de su amor a sus criaturas. Por eso, uno de los grandes autores de la antigüedad clásica señaló de una forma magistral el criterio para descubrir donde hay una verdadera fiesta: “*ubi caritas gaudet ibi est festivitas*”, que vosotros, como buenos economistas conocedores de las lenguas clásicas, sabéis que

quiere decir “donde el amor se goza, allí está la fiesta”. Esa es la razón de toda fiesta, la alegría de saberse queridos y de saber amar.

También vosotros, que sois imagen de Dios, después de haber trabajado durante cinco años, hacéis una pausa en vuestro trabajo, un alto en vuestra tarea, para ver lo que habéis hecho hasta ahora y, en medio de la humana debilidad, experimentar el gozo de un trabajo bien hecho. Alegría que será mayor cuánto mayor es el amor puesto en el empeño.

Inevitablemente, en estos cinco años ha habido éxitos y fracasos, momentos de dolor y de alegría. En realidad, más alegrías que sinsabores, ya que no conviene exagerar. Os he visto casi a diario, durante mucho tiempo, y era patente que entre vosotros ha predominado la alegría sobre la pena. ¿Cuántas veces he tenido que esperar a que la vitalidad de vuestro jolgorio se amortiguara para poder empezar la clase? En cualquier caso, las penas son inevitables ya que forman el cañamazo que da fortaleza a la trama del tejido cotidiano de nuestra vida de trabajo; sin ellas no tendría sentido la fiesta, que es también el gozo de haber superado lo que parecía arduo.

Estáis a punto de concluir vuestra carrera universitaria, un triunfo que hoy celebramos, pero que como todos los de esta vida, es un triunfo provisional. Ninguna de las fiestas que aquí celebramos será una fiesta perfecta. La fiesta perfecta sólo es la que es eterna. Por eso decía Oscar Wilde que en esta vida hay una situación peor que la de desear algo con todo el corazón y no tenerlo; que es desearlo con todo el corazón, y tenerlo. No se trata de una frase cínica y descarnada, sino una manera poética, aunque ciertamente desgarrada, de recordarnos que, por encima de todo, somos personas; es decir, seres que mientras dispongamos de tiempo podemos y necesitamos dar más. Por eso la fiesta es una pausa entre el amor realizado, y el que se espera seguir dando y recibiendo. La alegría de la fiesta de la cosecha se convertiría en amarga pena si se supiera que aquella sería la última cosecha. La fiesta es también, por tanto, descanso e impulso para el nuevo trabajo que se avecina.

Se abren ahora ante vuestros ojos nuevos horizontes de vuestras vidas, nuevas etapas preñadas de proyectos, de ilusiones, de ambiciones nobles y de empeños legítimos. Os disponéis, con el vigor y la ilusión de la juventud, a dar todo lo mejor que lleváis dentro de vosotros.

Oiréis decir que ahora vais a comenzar a trabajar, una expresión que, en rigor, no deberíais tolerar, porque podría dar la impresión de que hasta ahora no lo hubierais hecho. Claro que lo habéis hecho, y muy bien, por cierto. Desde ese punto de vista, no va a haber mucha novedad. Vais a continuar trabajando con el mismo o mayor garbo y profesionalidad con el que lo habéis hecho hasta ahora. La única diferencia es que a partir de este momento vuestro trabajo va a estar medido y mediado por el dinero. Hasta ahora, nadie compraba vuestro trabajo; a partir de ahora, van a comprar vuestro trabajo. En esta sociedad donde el dinero tiene más importancia que la que debiera, conviene recordar lo que decía Machado: “sólo el necio confunde valor y precio”. Es importante no caer en la trampa de valorar el trabajo exclusivamente por su retribución económica o su prestigio social.

Como economistas, sabéis bien que el dinero es imprescindible, es el medio por excelencia, uno de los constitutivos radicales de la sociedad. Por tanto, no creo que haga falta insistir en que ciertamente es legítimo desear ganar dinero. Creo además que sería perder el tiempo – la sociedad en la que vivimos no nos dejará olvidarlo. Pero precisamente por eso, porque predomina un ambiente social en el que parece que la función del trabajo se agota en ganar dinero, es conveniente hablar de todos aquellos aspectos del trabajo, precisamente los que fundamentan la posibilidad de la fiesta, que desbordan ampliamente la visión crematística del trabajo.

Cuentan de un joven brillantísimo y ambicioso del pasado que tenía mucha prisa por triunfar en la vida. Se lo recomendaron a Tayllerand, para que lo tomara a su servicio como secretario. Le aseguraron además que lo sabía todo, algo que el ministro francés

podría comprobar en cuanto se dignase a conceder una entrevista al candidato. Celebrada la entrevista, los patrocinadores del joven preguntaron ansiosos al famoso ministro si había decidido otorgarle al joven el empleo, y ante la negativa del ministro preguntaron perplejos por el motivo. Tayllerand contestó: “¡Oh! Ciertamente lo sabe todo, pero... no sabe nada más”. Pensar que el sentido del trabajo se agota en la ganancia monetaria sería permanecer en la más lamentable y presuntuosa de las ignorancias, creyendo que se sabe todo, cuando en realidad, no se sabe «nada más». Y cuanto más tiempo se tarde en salir de ese error, mayor será el sufrimiento y la indignidad de esa esclavitud.

(...) En una sociedad como la comunista o la consumista, donde el trabajo solo se contempla desde la productividad y el dinero, no queda lugar para la adecuada articulación del binomio fiesta-trabajo que alegra el corazón del hombre. La fiesta sólo es posible si se tiene la profunda convicción de que el trabajo, por encima del aprovechamiento económico y de la ganancia, es una manifestación de amor y servicio. Para que exista la fiesta, es imprescindible saber renunciar a un trozo del propio tiempo y, excluyéndolo de todo aprovechamiento útil, ofrecerlo gratuitamente en aras de la amistad.

(...) Es necesario, sin miedos, superando todo pesimismo paralizador, rescatar la verdadera dignidad del trabajo y de la fiesta; crear entre todos un ambiente donde brille la dignidad del verdadero señorío del que, más allá del dinero, trabaja por servir, por ayudar, por dar paz y alegría al que sufre y al que no tiene. Esa es una misión digna de verdaderos universitarios. Sólo manteniendo una lucha personal contra la sordidez de la avaricia, es posible, aún dentro de la pobreza material, crear un espíritu magnánimo y munificente, que se alegra con lo que tiene, y se agranda con el deseo de dar, de compartir. Para esto es importante no perder de vista el verdadero sentido de nuestras vidas.

A lo largo de nuestras vidas avistamos como dos horizontes, uno temporal y otro eterno o, dicho de otra manera, en cada una de

nuestras biografías se anudan lo histórico y lo religioso. La dimensión histórica, a su vez, se desglosa en dos: la dimensión cultural, o la obra de nuestras manos, y la dimensión ética, o la calidad del servicio que prestamos. De tal modo que, de acuerdo a este esquema, podríamos decir que en la vida de cada hombre hay tres ideales: ser feliz –que tiene que ver con el reconocimiento por parte de Dios–, ser bueno –que tiene que ver con el reconocimiento por parte de los hombres–, y ser culto –que tiene que ver con el reconocimiento social de la obra realizada.

(...) Lo verdaderamente importante es que a lo largo de la vida no se pierda el verdadero sentido de la fiesta. Que siga siendo posible levantar la vista del trabajo, de la jornada gris, y sentir brillar la alegría de la fiesta. Experimentar el gozo del amor humano que con las obras se ha dado y, sobre todo, del amor divino que se ha recibido. Sólo así es posible volver al trabajo con nuevo empeño, con nueva ilusión, con nuevos bríos, verdaderamente descansados.

## **II. Discurso Paso del Ecuador de la III promoción**

**UNAV, mayo 1992**

(...) Las verdaderas fiestas, las que llenan el corazón del hombre, son las que están unidas a su trabajo. Ya es fiesta el volver cansado, pero gozoso, de un día de trabajo bien hecho, cara a Dios y cara a los hombres. Es fiesta la alegría del agricultor que hoz en mano está a punto de abrazar las doradas gavillas del trigo, o la mirada del vendimiador que contempla los generosos racimos de uva que cuelgan de la vid. Nada hay que exprese mejor la idea de fiesta, que la cara de alegría dolorida del deportista que levanta sus brazos al cruzar la meta tras dura carrera. Los romanos, con su famoso “*si vis pacem para bellum*”, ya habían insinuado que la paz, corazón de la fiesta, solo se alcanza con el esfuerzo cotidiano, que la fiesta germina en el trabajo del día a día.

La razón última de la fiesta es comprobar, una vez más, que Dios es fiel y nunca se deja ganar en generosidad, que siempre acude a la cita que le hace el trabajo humano; que el sudor de la frente, la inquietud de las noches de invierno ante la amenaza del pedrisco y la tormenta, han quedado atrás y que por fin el fruto generoso ya está en nuestras manos. La fiesta enseña que sólo el que acepta el riesgo y confía en Dios, puede saborear el fruto de su victoria.

La fiesta es por eso un lujo, un “tirar la casa por la ventana”, un deseo de hacer partícipes a todos de nuestra dicha. Sólo en la fiesta el hombre descubre la raíz de su generosidad. Ciertamente, recordaría el pesimismo del “aguafiestas”, que las fiestas de esta vida son siempre incompletas, nunca acabadas, nunca perfectas. Después de cada fiesta hay que volver al trabajo, a la monotonía de los días iguales. El agricultor tiene que volver a sembrar, y vislumbra un nuevo y arduo camino invernal hasta llegar a un nuevo verano.

Nosotros no somos pesimistas, sabemos que nuestras fiestas son imagen y anticipo de la verdadera Fiesta, la del triunfo definitivo, la que nunca se acaba. Por eso, en esta vida, las fiestas son un adelanto, una profunda convicción de que nunca nada está perdido, tanto el triunfo como la derrota son solo provisionales.

Por este motivo, es bueno que el hombre haga fiesta: la fiesta le descubre amablemente el sentido de su vida y del trabajo: trabaja para divertirse y se divierte trabajando. El hombre, descubre al fin, que saber vivir es convertir el trabajo en una fiesta. Este es el sentido de la fiesta universitaria del paso del ecuador, una fiesta que, como todas, evoca la plenitud y mayor proximidad de la Fiesta con mayúscula.

Una fiesta, en la que se celebra el fruto recogido, que no es tanto la cosecha de alabanzas o sobresalientes, sino la alegría de mantenerse en la lucha, de seguir en el camino. Una fiesta que recuerda que la tarea universitaria de cada día debe estar envuelta en la alegría de la superación. Una fiesta que sabe poner las cosas en su sitio, y que rebaja tanto el excesivo orgullo del que prematuramente se

cree triunfador, como la excesiva amargura del que se cree fracasado. La realidad es que la fiesta continúa, que la vuelta al trabajo después de esta fiesta es un grito optimista de encuentro con la novedad: ahora comienzo, nunca es tarde.

Este es mi consejo, el regalo que os hago como padrino, que mantengáis siempre un espíritu de juventud, que sepáis descubrir la novedad de la vida, lo que siempre hay de bueno y positivo en todas las circunstancias de la vida, un espíritu que hace bailar al alma dentro de un cuerpo cansado, y que esforzadamente siempre está dispuesto a recomenzar.

En la vieja canción universitaria que luego, con desigual fortuna intentaremos cantar, se encierra esta idea “*gaudeamus igitur juvenes dum sumus*”. Alegrémonos por esa juventud que no es la biológica, que se agota con el tiempo, sino la del espíritu, que siempre está renovándose. De este modo, al final del camino, aunque las fuerzas físicas se vayan agotando, bajo la apariencia frágil de la ancianidad vibrará un espíritu fuerte, cada vez más joven y enamorado. De repente, romperemos a cantar con la alegría de la Fiesta, de la eterna juventud.

## Referencias bibliográficas

- Escrivá de Balaguer, José María (1996). *Es Cristo que pasa*. Edibesa, Madrid. [http://www.escrivaobras.org/book/es\\_cristo\\_que\\_pasa-indice.htm](http://www.escrivaobras.org/book/es_cristo_que_pasa-indice.htm)
- Escrivá de Balaguer, José María ([1972] 1993). “La Universidad ante cualquier necesidad de los hombres” en *San Josemaría y la Universidad*. Eunsa, Pamplona.
- Illanez, José Luis (ed.) (1991). *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*. Editora de Revistas, México. <http://www.escrivaobras.org/book/conversaciones-capitulo-6.htm>

Juan Pablo II (1987). *Carta encíclica Sollicitudo rei sociales*.  
[http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf\\_jp-ii\\_enc\\_30121987\\_sollicitudo-reisocialis.html](http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_30121987_sollicitudo-reisocialis.html)

Ratzinger, Joseph (1986). *Instrucción Libertatis Conscientia. Sobre libertad cristiana y liberación*. [http://www.vatican.va/roman\\_curia/congregations/cfaith/documents/rc\\_con\\_cfaith\\_doc\\_19860322\\_freedom-liberation\\_sp.html](http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_19860322_freedom-liberation_sp.html)